



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

M^a de los Ángeles Sánchez Conde. FISCAL JEFE DEL TRIBUNAL CONSTITUCIONAL

“Hay que formar personas que se atrevan a pensar, a cuestionarlo todo”

Afirma que la Universidad “no debe ser una fábrica de empleados, sino un lugar para el estudio y el saber”. Respecto a su época universitaria en Salamanca, reconoce que el curso que más le gustó fue primero de Derecho, la define como “un tiempo que mereció la pena vivir, y que luego no volvió a tener aquella intensidad”.

BERTA BAZ | MADRID

LA zamorana Ángeles Sánchez Conde (Puebla de Sanabria, 1956), licenciada en Derecho por la Universidad de Salamanca, ingresó en 1982 en la carrera fiscal. Ha estado destinada en las fiscalías de Cádiz, Barcelona, León, Vizcaya y el Tribunal Superior de Justicia de Madrid. En 1997 accedió al Tribunal Constitucional, a partir de 2006 ocupó el puesto de teniente fiscal y desde 2009 ostenta el cargo de fiscal jefe del Tribunal Constitucional. Su nombre aparece en la lista de mujeres más poderosas de España, elaborada de manera periódica por la revista Forbes.

—¿Qué buenos recuerdos conserva de sus años universitarios?

—Fue un tiempo dorado, de juventud, de estreno, en que tenías mayor capacidad de elección o creías tenerla. Los recuerdos son de amistad, de enamoramientos, de curiosidad, de encuentro con muchos mundos que antes ignorabas o te resultaban ajenos. De canciones bellísimas, de poemas, de nuevas corrientes culturales, contraculturales, de descubrimiento de muchos lugares hermosos de la ciudad, de mucha gente, de conversaciones interminables, de la noche... El recuerdo de un tiempo que mereció la pena vivir, y que luego no volvió a tener aquella intensidad.

—¿Por qué escogió matricularse en la Facultad de Derecho de Salamanca?

—El Derecho me atraía. Me parecía una carrera estimulante, y con buenas salidas profesionales. Respecto a la elección de la facultad, vivía en Salamanca, y no me planteaba estudiar en otro lugar, dado que en su Universidad se impartía Derecho. Todos mis hermanos, mis amigos, mis compañeras de

clase fuimos a estudiar allí. No se trababa, o no sólo, de que fuese la opción más cómoda, sino que para nosotros era casi la única. Cualquier otra era impensable. Vivíamos en una ciudad universitaria y estudiar en su Universidad era lo natural. Habíamos crecido a su sombra, era muy prestigiosa, muy antigua, por sus aulas había pasado, generación tras generación, un inabarcable número de alumnos que representaban lo mejor del país. Matricularse allí era lo lógico.

“El concepto de autoridad de los profesores era más profundo que el que existe ahora”

—¿Cambió su día a día al acceder a la Universidad?

—Seguí viviendo con mis padres, con mis hermanos. Era una casa con mucha gente joven, divertida. Coincidimos casi todos en la Universidad, aunque en distintas especialidades. El acceso a la facultad te permitía conocer a muchos compañeros que venían de otros lugares, incluso de otros países. Muchos de ellos vivían en pisos y allí te reunías, en un ambiente más libre, más espontáneo, allí compartías inquietudes, inseguridades... Fue el tiempo de conocer a tus amigas universitarias, de correrías, con las que empezabas a crecer de otra forma. El día a día durante el curso, y si la facultad no había sido cerrada por alguna protesta, fueron años convulsos, transcurría entre las clases, los paseos, los encuentros en los bares, las lectu-

ras, los conciertos, el cine, el teatro, las reuniones con los amigos y, claro está, el estudio. Nos fascinaba lo que sucedía afuera, lo que venía de otros lugares, que casi siempre considerábamos mejor.

—Le tocó vivir la Universidad de la Transición. ¿Estaba muy politizada?

—La situación política se vivía de forma intensa. El ambiente era efervescente. Las asambleas eran cotidianas, y los cierres de las facultades también. Los deseos de cambio eran compartidos, aunque no unánimes, y había enfrentamientos no sólo por sostener posturas opuestas, sino también por discurrir en el modo en que debía realizarse el cambio. De todos modos, los enfrentamientos no solían comportar agresiones físicas, a un que había momentos de tensión.

—¿Qué ambiente se respiraba en su ‘círculo’ académico?

—En general era cordial, de compañerismo, aunque hubiera grupos según las afinidades de cada cual. El ambiente era distendido, solíamos quedar fuera de clase, a veces preparábamos

exámenes juntos o las prácticas. Nos solíamos prestar los libros, los apuntes... Las relaciones con los profesores eran las usuales en aquella época, en la que el concepto de autoridad era más profundo que el que existe ahora, y su poder más obvio, teniendo en ocasiones, en mi recuerdo, una exigencia desmesurada.

—¿Satisfecha con el profesorado?

—El profesorado, o mejor algunos de los profesores, fueron excepcionales, y sin su quehacer el futuro del país no hubiera sido el que fue. Tomás y Valiente, Begué, de Vega, Delgado Pinto, de los Mozos, Gimbernat, Bercovit, Martín Valverde, Valdés Dal Ré, García Valdés... Constituían un conjunto de seres enormes y no sólo como juristas sino como personas, de gran integridad que no sólo nos enseñaron, y muy bien, sus disciplinas, sino el saber como un todo, su profunda interrelación.

—¿Qué asignatura estudió con más intensidad?

—Como es lógico lo que importaba era aprobar los cursos y estudiaba las asignaturas con la intensidad suficiente para conseguirlo. El nivel de exigencia a veces era muy duro, y algún compañero se veía obligado a cursar ciertas asignaturas en otras facultades. Para mí el curso más bonito fue primero y sus asignaturas, aunque fueron de menos uti-



Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1979.

Un profesor: Francisco Tomás y Valiente.

Una comida: El tostón.

Un rincón de Salamanca: El Patio Chico.

Una canción de aquellos tiempos: “Rock and roll” de Led Zeppelin.



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

lidad práctica, me interesaron sobremanera, al ser las más humanistas y además impartidas por unos extraordinarios divulgadores como Tomás y Valiente en Historia del Derecho, Calonge en Derecho Romano, De Vega en Derecho Político y Delgado Pinto en Filosofía del Derecho.

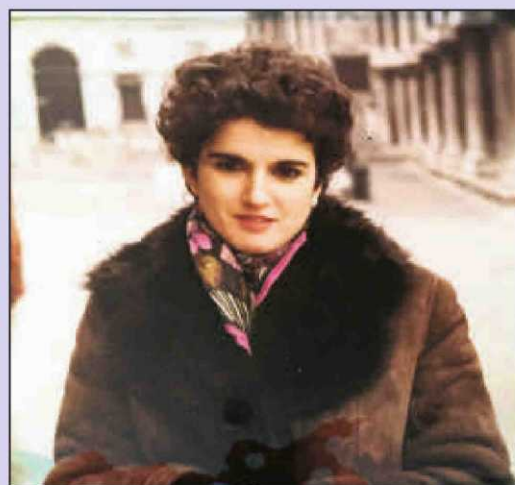
—Son años de muchas vivencias, ¿qué aprendió en Salamanca aparte de la materia de la carrera?

—En aquellos tiempos, en la Universidad y en la ciudad había un gran ambiente cultural. Se celebraban muchos conciertos de todo tipo de música, recitales, representaciones teatrales, ciclos de cine, encuentros con gente de toda índole... Salamanca era un pequeño lugar desde el que llegabas, o creías llegar, a todo el mundo. Además, la ciudad tenía una vida nocturna muy atractiva, muy del gusto de la gente joven, de los estudiantes. Allí aprendí, o atreverme a aprender, a tener curiosidad, a no dar nada por sentado, a no dejar de interesarme por casi todo, a rectificarme, a escuchar, a repensar.

—La institución está de cumpleaños. ¿Qué siente al haber estudiado en una Universidad tan emblemática?

—Orgullo y gratitud y una pizca de nostalgia. Siempre que puedo lo saco a colación y no sólo por su pasado, por su historia, sino por tal como era cuando yo estudié, su valor, su enorme prestigio. De sus aulas han salido profesionales notables que me he ido encontrando a lo largo de mi vida en muchos lugares, es una pertenencia colectiva y prestigiosa.

—¿Cuál es la clave para seguir cumpliendo años siendo un centro de prestigio?



Arriba, una jovencísima Sánchez Conde, en sus años universitarios. A la derecha, la fiscal, en su foto de la orla de la Facultad de Derecho.



—Vivo alejada de ella y del mundo universitario. Carezco de datos para poder opinar con una cierta solvencia, pero me atrevería a indicar que no debe perderse de vista el carácter humanista del saber, su capacidad transformadora. Aunque no cabe restar importancia a su labor formativa de futuros profesionales, ello no debe ser su único objetivo, no debe ser la finalidad de la formación universitaria. Hay que formar personas que se atrevan a pensar, a cuestionarlo todo, a tener presente a la humanidad, a toda la humanidad.

—¿Qué retos se debe plantear?

—Como he dicho antes, no debe ser una fábrica de empleados

“Salamanca era un pequeño lugar desde el que llegabas, o creías llegar, a todo el mundo”

sino un lugar para el estudio y el saber.

—¿Prefiere haber estudiado en su época o haberlo hecho hoy con la cantidad de recursos que tiene ahora la alumna- do?

—Soy una mujer de mi época, los ordenadores me sacan de mis casillas.

—Si hiciera una comparación con la vida académica de sus hijos, ¿qué echa en falta en la actualidad?

—Mis hijos no han estudiado en una ciudad universitaria como es Salamanca, han cursado su carrera en Madrid, y pienso que han disfrutado de la Facultad de Derecho pero se han perdido todo lo demás. Todos los conciertos, el teatro, los recitales, los ciclos de cine... Todo lo que yo viví y que en mi opinión debe conformar la vida universitaria.

—Después de licenciarse ha tenido una intensa vida profesio-

sional. ¿Cómo fue su llegada al Tribunal Constitucional? ¿Un orgullo ser fiscal jefe de tan importante órgano judicial?

—Llegué en el año 1997 a la Fiscalía ante el Tribunal Constitucional. Es un gran logro profesional, que te permite manejar una técnica de aproximación a las cuestiones, y de resolución, muy distinta a la que utilizas cuando te mueves en el campo de la mera legalidad. Es una tarea apasionante que te posibilita no circunscribirte a una sola materia jurídica. Ser fiscal jefe de la Fiscalía ante el Constitucional es una tarea apasionante. Tengo la suerte de trabajar con un grupo de fiscales excepcionales desde todos los puntos de vista, y muy divertidos.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Adolfo Suárez, una figura clave de la Transición

R.D.L. / SALAMANCA

Adolfo Suárez, personaje histórico de la Universidad de Salamanca, no podía pasar desapercibido en estos días en los que se conmemoran los 40 años de la Constitución española. Nació en 1932 en Cebreros (Ávila), aunque su infancia transcurrió en la ciudad abulense. Estudió la licenciatura de Derecho por libre en la Universidad de Salamanca, lo que explica que no queden recuerdos de aquella época, sin embargo, la institución académica salmantina hoy le recuerda con un salón de actos al que el expresidente del Gobierno da nombre, el auditorio que da servicio principalmente a las facultades de Ciencias Sociales y Derecho. Años después se doctoraría en la Universidad Complutense de Madrid.

El 3 de julio de 1976, siendo prácticamente un desconocido para la mayoría de los españoles, el Rey Juan Carlos le encargó formar Gabinete. En su juventud hizo amistad con Fernando Herrero Tejedor, del Opus Dei, que le ayudó para formar parte de la Secretaría General

del Movimiento. También fue jefe del Gabinete técnico del Vicesecretario General, así como gobernador civil de Segovia y director general del Radio Televisión Española. Además, con Arias Navarro, con Franco ya fallecido, fue ministro secretario general del Movimiento.

Esa vinculación con el antiguo régimen fue motivo de críticas, también su juventud, sin embargo, consiguió el consenso necesario para el complejo momento político por el que atravesaba España a finales de los años 70.

1977 fue un año clave en la vida de Suárez. Fue elegido presidente en los primeros comicios celebrados en España desde 1936. Con el par-

tido Unión de Centro Democrático, Adolfo Suárez logró convencer a los sectores aperturistas del franquismo pero también a la oposición. Con el apoyo recibido llegó el momento de redactar el texto de la Constitución que acaba de cumplir 40 años. El pueblo español refrendó el texto el 6 de diciembre de 1978.

Además, a él se debe otro importante momento histórico en la política española, la legalización del Partido Comunista que lideraba

decisivo en la Transición.

A Suárez también se le recordará por su valentía cuando en el intento del golpe de Estado permaneció en su escaño, como también lo hizo Carrillo, sin amedrentarse ante los golpistas liderados por el teniente coronel Antonio Tejero.

En las elecciones de 1982 sufrió un batacazo político. El partido que había creado, Centro Democrático y Social solo logró dos diputados y la UCD también se hundió. Volvió a intentarlo en los dos siguientes comicios nacionales y, aunque mantuvo su escaño por Madrid, en 1991, tras un declive en las elecciones municipales y autonómicas, dimitió como presidente de CDS y dejó la política iniciando una nueva etapa de su vida como asesor de empresas privadas.

Las condecoraciones que recibió a lo largo de su vida reflejan su papel crucial en la Transición española. Entre todas quizás destaque el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia que recogió en 1996.

Falleció el 23 de marzo de 2014 parece que sin ningún recuerdo de su paso por la Universidad de Salamanca, tampoco de su intensa vida política, una demencia senil le hizo olvidar todo lo vivido.



Santiago Carrillo. Su tercer y último mandato como presidente del Gobierno tuvo lugar entre marzo de 1979 y enero de 1981, cuando se convirtió en Duque de Cádiz como reconocimiento a su papel